

## La representación cambiante de Haití en tres obras tardías de Aída Cartagena Portalatín

Elizabeth Christine Russ, Ph.D



### Resumen

Este artículo analizará la representación cambiante de Haití en tres obras tardías de Aída Cartagena Portalatín: la novela experimental, *Escalera para Electra* (1970), el “poema documento”, *Yania Tierra* (1981) y la colección de ensayos, *Culturas africanas: rebeldes con causa* (1986). Nunca se ha estudiado la representación de Haití y los haitianos por Cartagena, lo cual no es sorprendente porque Haití no es un tema que se destaca con una insistencia obvia en su obra. Al mismo tiempo, dado su compromiso con luchar por la justicia, su interés en escudriñar la historia de su pueblo y, sobre todo, su fuerte denuncia del racismo, podemos considerar que la misma falta de Haití como objeto de interés en la obra de esta

importante escritora dominicana es, de alguna manera, significativa. Además, Haití tampoco está ausente en su obra, aunque su representación es cambiante y sus matices dependen mucho de la manera en que cada texto concibe a la nación dominicana. Más específicamente, existe una relación estrecha entre el registro del nacionalismo del texto y su representación del tema haitiano: cuanto más depende de nociones territoriales y “patrióticas” (en un sentido convencional) de la nación, más negativo resulta el retrato del vecino al oeste.

### **La representación cambiante de Haití en tres obras tardías de Aída Cartagena Portalatín**

En las letras dominicanas, Aída Cartagena Portalatín ha sido aplaudida como la escritora femenina más importante del siglo XX, y su obra ha sido admirada por críticos que señalan su desafío a la imagen tradicional de la mujer en la literatura del país.<sup>1</sup> No extraña, pues, que la bibliografía crítica haya privilegiado su voz feminista y su representación del género. Sin embargo, su obra no se limita a la cuestión de la mujer, como afirma Daisy Cocco de Filippis cuando sostiene que “*Cartagena Portalatín se coloca [...] entre los poetas que asumen la obligación de ser testigos de la realidad que los circunda y de defender los derechos de los desheredados por la ‘justicia’ social*”, y que para los años sesenta se convierte en “*artista completamente comprometida en la lucha por los derechos humanos y la justicia social*” (Cocco de Filippis, 29).

De acuerdo con Cocco de Filippis, a partir de los años sesenta—o sea, después del asesinato del dictador Rafael Trujillo en 1961—Cartagena produce una serie de textos que denuncian el sexismo y el racismo, saca a la luz abusos de poder, y reclama justicia por los desamparados. De carácter testimonial, estas obras se interesan por problemas de escala global como el colonialismo, el imperialismo y el prejuicio racial. Además, suelen juzgar duramente las injusticias cometidas por otros gobiernos, como, por ejemplo, el apartheid en Sudáfrica o la segregación racial en los Estados Unidos.<sup>2</sup> Sin embargo, casi siempre conceden primacía a la historia de la República Dominicana. El resultado es una interacción por turnos

1 Como ha observado Daisy Cocco de Filippis, “[e]n la década de los cincuenta, Portalatín descarta para siempre del vocablo poético femenino los términos ‘sumisa’, ‘cabecita’, ‘virginal’, y comienza a redefinir los límites del mundo femenino. La mujer dominicana hasta entonces relegada a los más recónditos rincones del hogar, emprende el camino y recorre el mundo” (Cocco de Filippis, 28).

2 Sobre el apartheid, véase Aída Cartagena Portalatín, 1970, 151. Sobre la segregación en los Estados Unidos, “Elegía Segunda” en Cartagena Portalatín, 2000, 203-14.

productiva y contradictoria, entre la visión global y el compromiso nacional de Cartagena.<sup>3</sup> Esta interacción se complica aún más cuando sus textos se enfrentan al tema, directa o indirectamente, de las relaciones dominicano-haitianas.

Sin embargo, nunca se ha estudiado la representación de Haití y de los haitianos por Cartagena. Esto no es sorprendente, porque Haití no es un tema que se destaca con una insistencia obvia en su obra. Al mismo tiempo, dado su compromiso con la lucha por la justicia, su interés en escudriñar la historia de su pueblo y, sobre todo, su fuerte denuncia del racismo, podemos considerar que la misma falta de Haití como objeto de interés es, de alguna manera, significativa. No obstante, Haití tampoco está ausente de su obra. Al contrario, el tema haitiano es apagado pero insistente; aparece, sea fugazmente o bien desarrollado, en obras tan variadas como la novela experimental, *Escalera para Electra* (1970), el “poema documento” *Yania Tierra* (1981) y la colección de ensayos, *Culturas africanas: rebeldes con causa* (1986). Pero la presentación de este tema de obra a obra es cambiante, si no ambivalente, y sus matices dependen mucho de la manera en que en cada texto concibe la nación dominicana. Más específicamente, existe una relación estrecha entre el registro del nacionalismo del texto y su representación del tema haitiano: cuanto más depende de nociones territoriales y “patrióticas” (en un sentido convencional) de la nación, más negativa resulta el retrato del vecino al oeste.

*Escalera para Electra*, por ejemplo, es una novela construida a base, no de un patriotismo irreflexivo, sino de una perspectiva crítica que se adentra y testimonia el pasado traumático de la República Dominicana. Mientras intenta armar su narración, la narradora—una escritora dominicana llamada Helene, que se parece mucho a Aída Cartagena—se da cuenta que sólo puede realizar su proyecto a distancia, mientras está de viaje en Grecia. Así que *Escalera para Electra* se construye a partir de una estructura narrativa, y un enfoque geográfico, deliberadamente fragmentados. Como observa la narradora: “a la distancia, creo que es mucho más fácil que lo que ha sido visto y registrado pueda salir mejor de su propia objetividad. Debí intercalar la palabra perspectiva. Además, en Dominicana esas tragedias se esconden, se guardan como un tótem maldito encerrado en silencio” (Cartagena Portalatín, 1970, 69).

3 Para un análisis más detallado de esta dinámica en *Escalera para Electra*, véase el quinto capítulo de Russ.

En Grecia, Helene se aprovecha de una distancia física, intelectual y psicológica que le permite, en momentos claves, romper el silencio que rodea el pasado traumático y hablar de los episodios más dolorosos de la historia de su pueblo. Sin embargo, uno de los “*tótemes malditos*”—o sea, una de “*esas tragedias [que] se esconden*”—queda casi completamente enterrado: el de la relación entre la República Dominicana y Haití. Digo casi porque en el capítulo 22 encontramos una referencia fugaz pero llamativa, no a Haití, sino a los trabajadores haitianos que trabajan en los bateyes.

La escena en cuestión describe un momento de la niñez de Helene, en el cual ella conversa con Agliberto, un campesino que describe a los trabajadores haitianos como “*unos tragones de hombrecitos*”. Agliberto sigue: “*son unos negros que tienen mucha fuerza. Cortan cada día varios cordeles de caña. El tiempo que les queda lo pasan en riñas, averiguaciones, asaderas de batatas y de hombrecitos; casi siempre terminan a medianoche con una fiesta de brujería: un baile vudú*” (Cartagena Portalatin, 1970, 90). El campesino revela, con una mixtura de admiración y asco, su percepción acerca de los haitianos. Esta percepción, a su vez, incorpora elementos del anti-haitianismo que, según Pedro L. San Miguel, ha caracterizado el discurso oficial de la élite dominicana desde el siglo XIX:

*A la matriz racista del discurso dominante, de origen colonial, habría de añadirse el anti-haitianismo. Es decir, lo dominicano pasó a definirse frente a lo haitiano. Esta dicotomía se estableció en prácticamente todos los niveles de la sociedad: al vodú haitiano se opuso el catolicismo; ante el creole hablado en la parte occidental, se levantó el idioma español de la parte oriental; a la negrura haitiana se opuso el mulatismo y la blancura dominicana. Más aún, la cultura y la sociedad haitiana fueron vistas básicamente como una extensión de África, mientras que para Santo Domingo se reclamaba un castizo origen español. En fin, la ideología en torno a lo nacional dominicano ha gravitado marcadamente en torno a una “otredad”: lo haitiano. (San Miguel, 67)*

Evocando (aunque sea inconscientemente) la dicotomía descrita por San Miguel, Agliberto enfatiza la fuerza y agresión de los haitianos junto con las diferencias raciales y religiosas que supuestamente los distinguen de los dominicanos. Pero es su evocación del frecuentemente repetido estereotipo de haitianos como

caníbales que más horroriza a la pequeña Helene, quien imagina elaborados ritos de caníbales en los cuales haitianos se atiborran de pequeños cuerpos humanos.<sup>4</sup> “*Son raros esos haitianos. Mi imaginación se dilata aun más: pienso en enanos, también en hombres normales de estatura muy pequeña: tragados: digeridos: defecados por haitianos*” (Cartagena Portalatín, 1970, 90). Cuando la niña, asustada, expresa su preocupación, la esposa de Agliberto le informa que los “hombrecitos” no son hombres pequeños sino arenques, o sea, un tipo de pescado. La confusión de Helene se aclara; sin embargo, la imagen de haitianos primitivos tragando, digiriendo, y defecando a víctimas indefensas queda grabada en la imaginación del lector. La intencionalidad con la cual Cartagena evoca tales nociones es reforzada poco después, cuando Helene afirma que “*lo que hacían con los haitianos se llamaba: explotación del hombre por el hombre*” (Cartagena Portalatín, 1970, 91).

Empleando la inocente confusión de una niña para desarmar a sus lectores, Cartagena alude a los haitianos, y después, subvierte la “otredad” de los haitianos en la República Dominicana para exponer el anti-haitianismo cotidiano de sus compatriotas y condenar la explotación económica de los trabajadores en los cañaverales. Unos párrafos después, Cartagena se atreve a, si no a desenterrar, por lo menos a señalar el escondite de más tabúes de los “*tótemes malditos*” de las relaciones dominicano-haitianas cuando describe cómo, el próximo día, la niña se ríe del susto de la noche anterior y declara: “*Era simpático aquello que llegó a asustarme: lo de las gentes que comían hombrecitos. Era imposible valorar aquello entonces. Eso de ser machetero*” (Cartagena Portalatín, 1970, 91). Al invocar la palabra “machetero”, Cartagena no sólo afirma su rechazo total de la imagen del haitiano como violento y bárbaro, sino que trae a la memoria, aunque indirectamente, la masacre de 1937, cuando millares de haitianos viviendo en la frontera fueron matados por macheteros dominicanos.<sup>5</sup>

A la luz de esta atrevida condenación, sorprende que, diez años más tarde, al escribir *Yania Tierra*, Cartagena se aproveche de las mismas imágenes negativas que rechaza en *Escalera para Electra*. *Yania Tierra* es un poema de larga extensión que narra la historia de la República Dominicana desde 1492

4 Marcio Veloz Maggiolo incluye entre las “invenciones que acerca del haitiano hereda el dominicano” la noción que “[l]os haitianos ‘todavía’ comen gente” (Veloz Maggiolo, 105).

5 Una versión de este análisis de *Escalera para Electra* ha sido publicado previamente en Russ, 134-35.

hasta 1986, el año en que el poema se publicó. Sus versos se centran en las ondas sucesivas de invasiones y ocupaciones de Santo Domingo por poderes imperialistas.

Pero el poema no sólo se dedica a la narración de un pasado doloroso sino que también celebra las hazañas de mujeres que han defendido y ayudado a construir la nación dominicana. Dado su enfoque en las luchas por proteger la autonomía nacional, es inevitable que *Yania Tierra* describa las dos décadas de ocupación haitiana y la guerra de independencia de 1844. La gran mayoría de las estrofas dedicadas a este período se centran en las acciones de las patriotas dominicanas; sin embargo, las primeras cuatro estrofas, que hacen referencia directa a Haití y los haitianos, son, desde nuestra perspectiva, inquietantes. Consideremos, por ejemplo, los versos iniciales de esta sección:

*Años de Boyer / Herard / Borgellá y Carrié*

*Desechos de desechos*

*Horizonte negado a la esperanza*

*Tam-tam tambores de Occidente* (Cartagena Portalatín, 1981, 37)

Empezando, a la moda de la epopeya, con un catálogo de los presidentes y gobernadores que gobernaron la isla entre 1822 y 1844, la estrofa concluye con el verso, “*Tam-tam tambores de Occidente*”, una frase que explícitamente—y, dado el contexto, despectivamente—evoca la “otredad” de Haití. Cerca del final de *Yania Tierra*, el tambor adquirirá un valor positivo y hasta revolucionario al estar vinculado al patriotismo y sacrificio de las hermanas Mirabal: “*Las tres amaban la Patria/ el tambor/ la libertad*” (Cartagena Portalatín, 1981, 73).<sup>6</sup> Pero aquí, lejos de representar el patriotismo o la liberación, el “tam-tam” advierte de la violación de la autonomía nacional por el “*caótico golpe de Occidente*” (Cartagena Portalatín, 1981, 45).

Y no es meramente simbólica esta violación, como dejan en claro las próximas dos estrofas del poema:

<sup>6</sup> En *Culturas africanas* el tambor reaparece como símbolo de la revolución; véase, por ejemplo, Cartagena Portalatín, 1986, 31 y 55.

*Sube el llanto de Dominga de los Núñez de Cáceres*

*De Francisca Hurtado / inmolada*

*La misma suerte imponen a Gregoria*

*Ceferina y*

*Felipa las hijas de*

*Medina*

*En Galindo*

*Águeda*

*Anita y*

*Marcelina Andújar*

*Vírgenes profanadas*

*Violadas por la insania*

*Asesinadas*

*Oh / repudio total* (Cartagena Portalatín, 1981, 37-38).

Como sugieren palabras como “llanto”, “inmolada”, “profanadas”, “violadas” y “asesinadas”, estos versos rinden homenaje a mujeres dominicanas victimizadas por los opresores haitianos invocados en la estrofa anterior. Aunque Cartagena no ofrece datos específicos para identificarlas, todas son mujeres dominicanas cuyos nombres han sido asociados en textos historiográficos con ofensas cometidas por, o atribuidas a, hombres haitianos.<sup>7</sup> La primera, Dominga de los Núñez de Cáceres [sic], estuvo presente en la Plaza de Armas de Santo Domingo el día que Toussaint Louverture declaró la abolición de la esclavitud. Según Ramón Marrero Aristy, “*En esa ocasión el usurpador iba tocando desconsideradamente a cada señora con la punta de su bastón, preguntándoles en mal español, si eran francesas o españolas, ante lo cual se rebeló doña Dominga Núñez, señorita de la mejor sociedad de la capital, protestando contra tan bruscos modales y poniendo con ello en peligro la vida de todos*” (Marrero Aristy, 202).<sup>8</sup>

7 En varios casos, los nombres empleados por Cartagena parecen ser corrupciones de los empleados por las fuentes originales. Por ejemplo, “Dominga de los Núñez de Cáceres” aparece en otras fuentes como “Dominga Núñez”, y los nombres “Gregoria”, “Ceferina” y “Felipa” aparecen como “Gregoria, Zeferina y Florentina” en capítulo XV de Arredondo y Pichardo.

8 Antes de aparecer en la crónica de Marrero Aristy, esta figura protagonizó “La intervención, 1801”, un romance publicado por Gastón F. Deligne en 1899, que culmina en una confrontación entre la “Bizarra Dominga Núñez” y “Toussaint el invasor” el día que éste reúne a los habitantes de Santo Domingo para anunciar la abolición de esclavitud; cuando él se atreve a tocar a ella con su bastón—una violación simbólica—ella responde, “—Insolente!, / [...] —para españolas, otros modales aprende...!” Según el texto de Deligne, la “altiva doncella débil” se salva de la “furia loca” del haitiano por una

Las otras mujeres mencionadas en esta estrofa, Francisca Hurtado y Gregoria, Ceferina y Felipa, murieron en la masacre de 1805 de la población de Moca por tropas haitianas, según un testimonio escrito en 1814 por Gaspar de Arredondo y Pichardo.<sup>9</sup> Diecisiete años más tarde, las hermanas Águeda, Anita y Marcelina Andújar—conmemoradas en la memoria popular como las vírgenes de Galindo—fueron asesinadas, violadas y desmembradas durante las primeras semanas de la toma de poder haitiana de 1822, supuestamente por soldados haitianos.<sup>10</sup>

Aunque Cartagena inicia esta sección de su poema anunciando los “*años de Boyer/Herard/Borgellá y Carrié*”, solamente la historia de las hermanas Andújar toma lugar durante ese período (y solamente en sus primeros días), mientras las otras ocurren en 1801 y 1805, respectivamente. Tal confusión cronológica sugiere que, en estas tres estrofas, el intento de Cartagena no es introducir una historia precisa de los años de la ocupación de 1822-1844, sino invocar tres momentos traumáticos en la historia de las relaciones haitiano-dominicanas. Al hacerlo, inevitablemente trae a la memoria el discurso anti-haitianista que representa a los haitianos como una amenaza existencial a la nación dominicana.

Como hemos visto, Cartagena no expone en detalle los actos de violencia contra las mujeres victimizadas; pero no es necesario que lo haga. La mera referencia a la entrada de Toussaint en Santo Domingo, o a la masacre de los niños y mujeres de Moca, o a las vírgenes de Galindo, inevitablemente despertaría la indignación del lector contra los haitianos y, por extensión, contra Haití. Al hacer uso de historias que representan a haitianos como una “insania” incoherente y oscura, Cartagena apoya, por lo menos implícitamente, un discurso anti-haitiano que requiere el “repudio total” de Haití para asegurar la sobrevivencia de la nación dominicana. Como ha comentado Sibylle Fischer, con respecto a la “fantasía necrófila” de las vírgenes de Galindo, “*los dominicanos son, en efecto, el objeto*

---

intercesión milagrosa de la Virgen de las Mercedes (Deligne, 166).

9 Véase capítulo XV de Arredondo y Pichardo.

10 La historia de “las vírgenes de Galindo” fue popularizada por Félix María Del Monte, quien, en 1860, publicó un romance, “Las vírgenes de Galindo o la Invasión de los haitianos sobre la parte española de la isla de Santo Domingo, el 9 de febrero de 1822”. 30 años después, César Nicolás Penson incluyó una nueva versión del evento en su conocido libro *Cosas añejas*. Aunque tanto estos textos como la memoria popular atribuyen este crimen a soldados del ejército ocupante, el archivo histórico establece que fue cometido en su mayoría por personas de ascendencia dominicana. Los siguientes documentos, enumerando “Sentencias penales de la época de la dominación haitiana”, revelan que la mayoría de los participantes fueron de ascendencia española: *Boletín del Archivo General de la Nación*: 79 (oct.-dic., 1953), 329-353; 80 (ene.-mar., 1954), 24-46; 81 (abr.-jun., 1954), 219-230; 82 (jul.-sep., 1954), 327-337; 83 (oct.-dic., 1954), 400-408; 84 (ene.-mar., 1955) 66-79; 85 (abr.-jun., 1955), 157-165; 86 (jul.-sep., 1955) 275-292; 87 (oct.-dic., 1955) 388-399. Le agradezco mucho a Quisqueya Lora por su generosidad en proporcionarme con esta información.

*del deseo haitiano, pero es un deseo que se resiste absolutamente a ser traducido en un mandato positivo, ya que el único mandato posible es ‘Muérete’ o ‘Déjate matar’. [...] Haití sólo ofrece el fin de la historia”* (Fischer, 178, traducción propia).

Entonces, ¿cómo explicar que en *Escalera para Electra*, Cartagena condena el anti-haitianismo, pero en *Yania Tierra* recurre lo mismo? Cabe destacar que, en términos generales, las dos obras comparten el marco ético progresista que ya hemos asociado con la obra de esta autora. Por ejemplo, aunque selecciona imágenes que pueden despertar los sentimientos anti-haitianistas de sus lectores, la autora nunca califica a individuos haitianos en términos raciales ni emplea la palabra “negro” como prueba de su inferioridad.<sup>11</sup> Al contrario, los suele equipar con españoles, franceses o estadounidenses. Por ejemplo, la frase “*desechos de desechos*”, que emplea para describir los “*años de Boyer/Herard/Borgellá y Carrié*”, se repite cuando denuncia a los españoles por su destrucción de la población indígena, y a Napoleón por su intento de tomar control de la isla.<sup>12</sup> Por consiguiente, si por un lado *Yania Tierra* evoca un discurso anti-haitianista, por otro sugiere que el vecino del oeste no es nada más ni nada menos que otro poder imperialista. En este aspecto, *Yania Tierra* genera un discurso nacionalista, descrito por Fischer, en que “*la nación’ (cuya existencia siempre se presupone) precede cualquier otra configuración política y social: la historia de la literatura dominicana se narra como una serie de luchas en contra de antagonistas extranjeros—primero España, después Haití, después España otra vez*” (Fischer, 196, traducción propia).

Esta identificación demasiado fácil de Haití con poderes imperialistas europeos (o norteamericanos) es, a su vez, sintomática de una diferencia clave entre *Yania Tierra* y *Escalera para Electra*. Aunque las dos obras desprecian el racismo e imperialismo, cada una emplea una estrategia distinta para acercarse a la nación dominicana. Como hemos visto, Helene narra *Escalera para Electra* mientras viaja por Grecia, y se aprovecha de la distancia geográfica para desarrollar una nueva perspectiva sobre su pueblo. Por consiguiente, su narración adquiere un tono irónico y crítico que le permite sacar a la luz los “tótemes malditos” de la

11 Reafirma su mensaje antirracista al final del poema, cuando interpela a las “indias / negras / blancas / mulatas / mestizas” de la República Dominicana, exhortándolas: “¡Ea! ¡Mujeres! ¡Soltad los pájaros de la esperanza!” (Cartagena Portalatín, 1981, 82).

12 Véase Cartagena Portalatín, 1981, 35.

historia nacional. Entre ellos, logra desenterrar, aunque sea sólo parcialmente, los tótemes del anti-haitianismo y las injusticias cometidas por dominicanos contra haitianos.

*Yania Tierra* también reflexiona sobre episodios trágicos de la historia, pero su meta principal no es desenterrar secretos vergonzosos, sino celebrar a las mujeres que han participado activamente en las luchas por independencia y autonomía nacional.<sup>13</sup> Dicho de otra manera, *Yania Tierra* es un poema patriótico y, como Silvio Torres-Saillant afirma, una consecuencia de “*un sistema ideológico que interpreta a los dos pueblos que comparten la isla como insuperablemente dicotómicos*” es que “*el anti-haitianismo llega a ser una forma del patriotismo dominicano*” (Torres-Saillant, 55, traducción propia).

Además, a diferencia de *Escalera para Electra*, en *Yania Tierra* no existe una distancia geográfica e intelectual entre la narración y la nación. Al contrario, el personaje que da nombre a la obra, Yania Tierra, es la encarnación misma de la isla. Para confundir el asunto aún más, la figura de Yania encarna, no sólo la isla, sino también, y más importante, la nación dominicana.<sup>14</sup> Así que el poema funde (o confunde) la protagonista con la isla, y la isla con el territorio dominicano. Por ende, borra la distancia entre la narración y la nación, y reduce Haití al papel de un invasor sin derecho “natural” a la tierra.

En cambio, en las páginas de *Culturas africanas: rebeldes con causa*, Haití emerge como una nación autónoma y digna de respeto e incluso de emulación. Publicado en 1986, *Culturas africanas* contiene una mezcla de memorias personales, historia literaria y comentarios sobre una variedad de actores culturales de África y la diáspora africana. Entre sus capítulos, se encuentran no menos de tres dedicados a la literatura y cultura haitiana, que elogian la alta calidad de la literatura de Haití, subrayan su centralidad en el desarrollo de importantes movimientos literarios como la Negritud y el “boom” latinoamericano y señalan al vecino del oeste como un país que reconoce y honra sus raíces africanas.

13 Considerada desde esta perspectiva, las referencias a las varias “víctimas” pasivas de los opresores haitianos, como las mujeres de Moca y las vírgenes de Galindo, son excepcionales en el contexto del poema: mientras la mayoría de las mujeres celebradas en sus páginas juegan papeles activos en la historia dominicana, estas son figuras femeninas tradicionales, víctimas inocentes y pasivas.

14 Para otra lectura llamativa del género y la figura de la protagonista en *Yania Tierra*, véase el artículo de Morris.

A pesar de su tono positivo, hay que reconocer que estos comentarios no abren nuevos caminos. O sirven como una introducción útil pero muy general a escritores como Jacques Roumain, René Depestre, Jean Price-Mars y Stephen Alexis, o simplemente (en los dos sentidos de la palabra) repiten nociones algo estereotipadas de “la magia” y el “ambiente mítico” del país.<sup>15</sup> Sin embargo, en sus páginas se destaca una clara afirmación de la integridad histórica y nacional de Haití, como, por ejemplo, cuando proclama: “Después de la Revolución Haitiana de 1804, le corresponde al negro de ese país *buscar la raíz de su identidad* por el hecho de una toma de conciencia de la situación histórica en que vive. Libre, *explora la verdad de su identidad*” (Cartagena Portalatín, 1986, 75, el énfasis es mío). Tal afirmación, que contrasta fuertemente con la negación de Haití que impregna el argumento de *Yania Tierra*, adquiere matices aún más complejos tras una lectura de los últimos dos capítulos de *Culturas africanas*, en los que Cartagena vuelve su mirada una vez más hacia su propio pueblo para afirmar las influencias culturales de la diáspora africana en la cultura dominicana. En el proceso, aunque con ciertas vacilaciones, empieza a explorar la historia compartida de Haití y la República Dominicana.

Por ejemplo, el último capítulo del volumen se centra en la contribución a la cultura dominicana de los “negros libertos norteamericanos” que se trasladaron a la península de Samaná “a instancia del gobernante haitiano” durante la ocupación de 1822-1844 (Cartagena Portalatín, 1986, 139-40). Por un lado, estas páginas reafirman la perspectiva nacionalista de Cartagena—por ejemplo, cuando insinúa que muchos de los nuevos inmigrantes rechazaron la cultura de Haití como inferior, cuando “se acercaron a los españoles, a las costumbres superiores, integrándose a la vida nacional” (Cartagena Portalatín, 1986, 140).

Por otro lado, ofrece una visión más compleja de las relaciones dominico-haitianas del siglo XIX cuando sugiere que las deficiencias del gobierno boyeriano se debían, no a una inferioridad natural sino a una dependencia antinatural en Europa: “estaban los gobernantes occidentales comprometidos con potencias europeas para servirles, en grandes cantidades, cacao, café, maíz, algodón, etc.” (Cartagena Portalatín, 1986, 142). En *Yania Tierra*, Cartagena compara Haití con

15 Para los comentarios sobre Roumain, et al., véase Cartagena Portalatín, 1986, 70-87; sobre “la magia” de la cultura haitiana, Cartagena Portalatín, 1986, 93-95.

otros poderes imperialistas. En *Culturas africanas*, al contrario, da a entender que Haití y la República Dominicana comparten, no sólo una isla, sino también una historia trágica de intervenciones e intromisiones imperiales.

El penúltimo capítulo de *Cultura africanas* no se centra en esta historia mutua sino que aboga por una visión ampliamente pan-africana, pan-caribeña y pan-americana, a través de un vistazo a las vidas de Teodora y Micaela Ginés, hermanas nacidas como esclavas en Santiago de los Caballeros, en el siglo XVI, que, tras ganar su libertad, se trasladaron a Cuba donde llegaron a ser artistas conocidas.<sup>16</sup> Reclamando a las Ginés como compatriotas, Cartagena se aprovecha de su trayectoria dramática para vincular el pueblo dominicano a una tradición afro-americana arraigada en las experiencias históricas de las Américas. La introducción del capítulo, a su vez, vincula esta tradición a las luchas del siglo XX, de los pueblos africanos, por la independencia política.

Ya son muchos los pueblos liberados en África, pueblos racialmente discriminados y explotados en el corazón de sus propias riquezas. Pero aquellos pueblos ofrecen lecciones a los de América. *Se han superado porque están conscientes de su identidad*, de su capacidad y de la explotación de que han sido víctimas. [...]

***Busquemos nuestras raíces.*** *Los pueblos de las ínsulas extrañas somos pueblos mestizos y mulatos. Busquemos nuestras raíces. No hay color sino hombres sobre la tierra. Por ello, siempre que puedo, recuerdo a las dos negras esclavas y libertas dominicanas [...]. Y se nos ocurre algo exacto: las Ginés de Santiago de los Caballeros, esclavas y músicas, también rompieron barreras. (Cartagena Portalatín, 1986, 124, el énfasis es nuestro).*

Aunque se centra en las luchas recientes de pueblos africanos, el lenguaje que Cartagena emplea aquí es casi idéntico al que utilizó anteriormente para describir a los haitianos después de la Revolución Haitiana: Haití ejemplifica “una toma de conciencia de la situación histórica en que vive” y por eso ha podido “explorar la verdad de su identidad”; de igual manera, los pueblos africanos “se

<sup>16</sup> Teodora Ginés es reconocida como la compositora de “Son de la Ma’ Teodora”, un famoso ejemplo temprano del son cubano. La historia de las Ginés también aparece en *Yania Tierra*, aunque en forma más breve; véase Cartagena Portalatín, 1981, 30-31.

han superado porque están conscientes de su identidad, de su capacidad y de la explotación de que han sido víctimas”. Esta semejanza es importante porque luego Cartagena declara que los “pueblos [africanos] ofrecen lecciones a los de América” y exhorta a “los pueblos de las ínsulas extrañas” a que también busquen sus raíces, igual como los pueblos africanos—y por asociación, como Haití.

La visión de la nación que Cartagena promueve en las páginas de *Culturas africanas* es distinta a la que encontramos tanto en *Escalera para Electra* como en *Yania Tierra*. Aunque *Escalera para Electra* representa el imperialismo como un problema compartido entre todas las naciones subdesarrolladas, privilegia la historia de la República Dominicana por encima de cualquier otra historia. *Yania Tierra*, en cambio, se centra exclusivamente en la nación dominicana, que define como un territorio continuamente violado por poderes extranjeros. *Culturas africanas*, en contraste, logra generar una definición más amplia de la nación. No quiero sugerir que en este texto Cartagena disminuye la importancia del Estado-nación. Al contrario, habla con emoción de las luchas africanas, haitianas y dominicanas por la independencia política.

Al mismo tiempo, ya no encuentra la necesidad de privilegiar la República Dominicana tanto como antes. Aunque el libro culmina con dos ensayos dedicados a su propio país, también narra historias de Haití, los Estados Unidos, Cuba, Sur África, y Senegal, entre otros. Además, insiste en la importancia, no sólo de la solidaridad pan-nacional, sino de las múltiples “raíces” que nutren a “los pueblos de las ínsulas extrañas”. Al promover nociones de cultura e identidad que traspasan fronteras territoriales, Cartagena descubre una estrategia que le permite librarse del falso “patriotismo” del anti-haitianismo y presentar una visión más compleja no sólo de su vecino, sino también de propio pueblo.

## Bibliografía

Arredondo y Pichardo, Gaspar de. (1955). *Historia de mi salida de la isla de Santo Domingo el 28 de Abril de 1805*. En *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*, compilación de Emilio Rodríguez Demorizi, 121-60. Ciudad Trujillo: Editora del Caribe.

- Cartagena Portalatín, Aída. (1986). *Culturas africanas: rebeldes con causa*. Santo Domingo: Ediciones de la Biblioteca nacional.
- . (1970). *Escalera para Electra*. Santo Domingo: Brigadas Universitarias.
- . (2000). *Obra poética completa (1944-1984)*. Santo Domingo: Colección de la Biblioteca Nacional.
- . (1981). *Yania Tierra: poema documento*. Santo Domingo: Colección Montesinos 3.
- Cocco de Filippis, Daisy. (1988). *Sin otro profeta que su canto: antología de poesía escrita por dominicanas*. Santo Domingo: Biblioteca Taller.
- Deligne, Gastón F. (1963). *La intervención, 1801*. En *Galarippos*. Santo Domingo: Editorial Librería Dominicana. 163-67.
- Fischer, Sibylle. (2004). *Modernity Disavowed: Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution*. Durham and London: Duke University Press.
- Marrero Aristy, Ramón. (1957). *República Dominicana: origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de la América*. Ciudad Trujillo: Editora del Caribe.
- Morris, Andrea E. (2006). “Yania Tierra: enterrando el cuerpo de la madre patria”. *Letras Femeninas* 32.2: 181-96.
- Russ, Elizabeth Christine. (2009). *The Plantation in the Postslavery Imagination*. New York: Oxford UP.
- San Miguel, Pedro L. (1997). *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*. San Juan y Santo Domingo: Isla Negra y La Trinitaria.
- Torres-Saillant, Silvio. (1994). *Dominican Literature and its Criticism: Anatomy of a Troubled Identity*. En *A History of Literature in the Caribbean: Hispanic and francophone regions*, editado por Albert James Arnold, Julio Rodríguez-Luis y J. Michael Dash, 49-64. Amsterdam: John Benjamins.
- Veloz Maggiolo, Marcio. (1977). *Sobre cultura dominicana...y otras culturas*. Santo Domingo: Alfa y Omega.